

SERMON

DE NUESTRA SEÑORA
DEL PILAR DE ZARAGOZA,
PREDICADO EN VIZNAR

al Illmo. Señor Don Antonio Jorge y
Galban, Arzobispo de Granada.

*Apparuit autem ei Dominus nocte, et
ait: audivi orationem tuam, et elegi
locum istum mihi in domum sacrificii.*

II. Paralip. 7.

Manifestóse el Señor de noche á Salomon, y díxole: he oido tus oraciones, y he hecho eleccion de este lugar para casa de sacrificio.

ILLMO. SEÑOR.

Dios, cuya inmensidad no tiene límites, que sin ocupar lugar llena todos los espacios, que preside á todas

las cosas por esencia, presencia y potencia: Dios, repito, cuyo trono es el cielo, y que no habita, como en propio lugar, en templos materiales, segun la expresion de S. Pablo, siendo todo obra de sus manos, como dice él mismo: Dios, á quien este Apóstol nos manda invocar en todas partes como presente á todo, eligió sin embargo para sí ciertos lugares sobre la tierra, donde con especialidad quiso ser adorado como en propiciatorio de su infinita bondad. En estos santos asilos consagrados á su Nombre, se propuso desde luego habitar con presencia de proteccion, asegurándonos que los miraria como una casa destinada para su sacrificio. Este Dios Inmenso, que no dista de cada uno de nosotros, como dice S. Pablo, pues en él nos movemos, vivimos, y somos, ha querido por un efecto de su bondad manifestarse mas propicio, mas benéfico, mas liberal, y como si estuviere mas cerca en es-

tos santos asilos de proteccion y de refugio, consagrados á su augusto Nombre, á los cuales llama su casa de oracion, donde todo el que pidiere reciba, el que buscáre halle, y se abra al que llamáre, conforme á su promesa irrevocable. Aquí quiere ser invocado especialmente y adorado: aquí oye nuestros gemidos, y recibe el sacrificio de honor y de alabanza: aquí socorre nuestras necesidades, y fortalece nuestras almas por la infusion de su divino Espíritu; aquí en fin quiso en la plenitud de los tiempos quedarse Sacramentado entre nosotros hasta la consumacion de los siglos, consagrando estos lugares con su Real Presencia, y dándonos en alimento para hacernos participantes de su divinidad.

Tal es, Illmo. Señor, la idea que nos dan las santas escrituras de estos lugares ó porciones de tierra que Dios se ha dignado consagrar como trono de su misericordia, ó como un monu-

mento de su amor á los hombres. Entre otros es muy singular el que hoy es objeto de nuestra veneracion: hablo del Pilar de Zaragoza, este precioso monumento de la bondad de Dios, y de la clemencia de su augusta Madre, con que tanto se honra nuestra España, y que nos hace concebir tan bien fundadas esperanzas de su especial proteccion sobre nosotros. Bastaria para estar persuadidos de esta verdad saber que este célebre santuario fue construido por nuestro patron el apóstol Santiago, y consagrado á Dios en honor de su santa Madre, viviendo aún en carne mortal. ¡Qué felicidad para España, y qué asunto de tanta confianza!

Mas ¿quién creyera, Illmo. Señor, que un hecho tan constante en los anales de nuestra historia eclesiástica, y de tradicion inmemorial, habia de ser desmentido é impugnado en los últimos siglos? En efecto algunos críticos fastidiosos, no sé si por

espíritu de contradicción, ó de envidia y oposición nacional, han pretendido en esta parte obscurecer nuestras glorias. No será pues fuera de propósito deshacer sus cabilaciones, para confirmaros en la singular protección que desde luego debimos á María. A este fin manifestaré en primer lugar la legitimidad del monumento, y en segundo su importancia: dos reflexiones breves que van á ser el blanco de vuestra atención, y el de mis endeables conatos.

O Dios y Señor de las virtudes, origen de toda bondad, haced que no manche yo vuestro divino testamento con labios impuros; purificadlos como los de vuestro Profeta, para que anuncie dignamente vuestras obras y misericordias. Así os lo pedimos por la poderosa intercesion de vuestra augusta Madre y nuestra María santísima. *Ave María.*

Apparuit autem &c.

Aunque esta augusta cátedra no lo es de disputa, ni el estilo apologético es el mas á propósito para la instrucción del pueblo cristiano, hay sin embargo ocasiones en que los oradores se ven precisados á defender la verdad de su causa por el horror de ella y el de su ministerio. Nada mas frecuente en las obras de S. Justino mártir, de Orígenes, de Tertuliano, del Nacianceno, de los Gerónimos, Ambrosios, Cirilos y Agustinos, que esta especie de apologías para sostener la causa de Dios y las tradiciones de sus mayores. En nuestro siglo, llamado comunmente de luces y de crítica, es tanto mas necesaria esta especie de argumentos, quanto es mayor el desenfreno de disputarlo todo, y de volver en duda las tradiciones

piadosas, por mas autorizadas que sean.

La del Pilar de Zaragoza, aunque inmemorial, no ha estado á cubierto del partido de oposicion, ni de la censura de algunos críticos morosos. Uno de estos de gran autoridad entre los demás, y enemigo acérrimo de las glorias de España, hablando de este inmortal monumento en tono de oráculo, como pudiera desde la mesa de tres pies, se explica en estos términos: "¿Quién creará, dice, que á la Virgen estando aun viva erigiese iglesia Santiago? ¿Quién se persuadirá que le mandase esto la humildísima Virgen? ¿Ni quién imaginará que pudiese hacerse aquello en el imperio de príncipes gentiles, y en medio de las persecuciones? ¿En un tiempo en que los cristianos no tenían templo alguno, sino precisamente se juntaban en casas particulares y en lo mas secreto? Y finalmente, ¿quién podrá admitir esto

en el mismo nacimiento de la iglesia?"

Con solo este insulso interrogatorio que nuestro crítico propone con estilo triunfante y decisivo, se persuade haber echado por tierra el monumento sólido del Pilar. Exáminemos pues, Illmo. Señor, la debilidad de estos argumentos á la luz de la crítica y de la autoridad. ¿A quién en primer lugar deberá parecer extraño que el apóstol Santiago, patron de nuestra España, erigiese en ella un monumento al verdadero Dios en honor de su santa Madre, estando aún viva? Si no temiese dilatar me, produciria aqui por un testimonio de autores no tanto crédulos como piadosos, otros insignes monumentos erigidos en honor de María, viviendo aún en carne mortal, ó en los tiempos primitivos de la iglesia. Hablaria del templo erigido por S. Pedro en la Siria; del de su discípulo S. Materno en Alemania; del que fundó en la Etio-

pia el eunuco de la reina Candaces; del de los discípulos del gran Elías sobre el monte Carmelo: hablaría, repito, de la casa de Loreto, donde nació la Virgen, donde oraba con frecuencia al Padre celestial, ofreciéndole la hostia inmaculada de su corazón; donde se hizo Hombre el Verbo Eterno, y se obraron tantos misterios de nuestra salud: pero omito todos estos monumentos, porque acaso experimentarían igual suerte que el del Pilar en el juicio de nuestro crítico. Tampoco diré una palabra acerca del templo que construyó santa Marta, hermana de Lázaro, luego que llegó á Marsella; monumento que por ser de Francia hallaría sin duda mejor acogida en nuestro crítico, que sin embargo de negar la venida de Santiago á España, y atropellando todas las leyes de la crítica, mira como irrefragable la de estos ilustres hermanas á Marsella: mas sería de desearnos hubiese dicho en qué consistía la

incompatibilidad del monumento del Pilar con la vida de María santísima.

¿Se opondría por ventura el mandato de su erección á su incomparable humildad? ¿Peligraría ésta á presencia de un tal monumento? Sospecha indigna respecto de una Virgen concebida sin mancha de pecado, libre de la maldición original en que fuimos todos concebidos, confirmada en gracia, y que por primicias de ella había recibido la plenitud; de una Virgen, repito, que era verdadera Madre de Dios, á quien lo mandaba consagrar; de una Virgen finalmente que no había dudado pronunciar en su cántico, que en premio de su humildad la bendecirían todas las generaciones.

Mas ¿cómo podría hacerse esto, añade nuestro crítico, en medio de las persecuciones? Efugio miserable. ¿Imagina por ventura, que fue este algún templo magnífico, como el antiguo de Salomón, como el de S. Pe-

dro y S. Pablo en Roma, ó como el de Sofía en Constantinopla? ¿Tanto debía llamar la atención á los emperadores paganos una capilla de ocho pasos de largo, que impidiesen su construcción, ó decretasen su exterminio? ¿Ignora este severo Aristarco (en orden á las cosas de España) que los fieles de la iglesia primitiva, además de los sótanos ó cuevas subterráneas, conservaban oratorios y casas particulares consagradas á Dios? ¿Qué mucho pues se conservase esta pequeña capilla del Pilar en medio de las persecuciones? Sino que digamos que toda la imposibilidad de este precioso monumento consiste en ser de España.

Por otra parte, aun cuando fuese necesaria una especial providencia del Altísimo para su construcción y conservación, ¿seria por tanto inverosímil? Dios, que en fuerza de la promesa que nos hizo de que las puertas del infierno no prevalecerian con-

tra su iglesia, conservaba una innumerable multitud de cristianos dispersos por todas las regiones del mundo, multiplicándolos á proporcion del furor con que eran perseguidos: ¿no les proveía de iglesia y casas de oración para recibir en ellas el sacrificio de alabanza, y el incruento del cuerpo y sangre de su Unigénito? Mas ¿qué digo? ¿no es este un hecho constante por los anales de nuestra religion? ¿Estaba por ventura abreviada la mano del Señor respecto de este solo santuario, ó de este solo reino? ¿A qué inconsecuencias tan monstruosas no se ven reducidos los críticos cuando se dexan dominar de la pasión, del espíritu de partido, y de oposicion nacional!

Solo éste, Illmo. Señor, pudo haber ocultado á nuestro crítico los graves fundamentos que convencen la existencia de este célebre santuario. Si se hubiera dignado recurrir á los anales de España, no miraria con

fastidio: una tradicion, que por legítima é inmemorial debia estar á cubierto de su censura. ¿Qué idea no producen de esta verdad todas nuestras historias? Por ella sabemos que los aragoneses, que en el siglo XIII concurrieron á la conquista de Sevilla, instituyeron allí una cofradía de nuestra Señora del Pilar: sabemos que el obispo de Zaragoza D. Pedro Librana á principios del siglo XII cuando se conquistó la famosa capital del reino de Aragon, expidió una carta circular, convidando á todos los fieles á la reparacion de este célebre santuario, que tanto tiempo habia estaba abandonado en poder de los sarracenos: sabemos que aun bajo la dominacion de los mahometanos se conservó el templo del Pilar con singular veneracion por los grandes prodigios que Dios obraba en él desde los tiempos primitivos: sabemos por Aimón, autor del siglo IX, en su historia de los Francos, que la

iglesia del Pilar es la madre de todas las de Zaragoza, y aun pudiera añadir de las de toda España: sabemos que san Braulio, que floreció en el siglo VII, fue cordial devoto de este santuario, que vivió en él por algun tiempo, y que en él quiso ser sepultado.

Ni es de leve autoridad la bula de Gelasio II, expedida á principios del siglo XII, de la cual consta la fama y dignidad de esta santa capilla por todo el orbe cristiano. Igual crédito merece la bula de Calixto III, que confirma la existencia primitiva de este santuario con todas las circunstancias de su ereccion; suponiendo ante todas cosas, que la iglesia del Pilar fue la primera que se consagró á Dios en honor de su Madre. Nada digo de la sentencia dada en juicio contradictorio á favor del Pilar por la sagrada Congregacion de cardenales destinada para discusion de la materia. Omito el testimonio de varios Martirologios antiguos, que confir-

man esta verdad. Ni me detengo á referir por extenso el decreto de nuestro gloriosísimo príncipe D. Felipe v dado en 8 de marzo de 1720 contra un folleto puesto al principio de la Historia de España, de Francisco del Hierro, donde se pretende desacreditar la tradicion del Pilar. Baste decir, que en el mismo año los señores del Consejo de S. M. de la suprema y general Inquisicion, despues de un maduro exámen, y con pleno conocimiento de la causa, por su decreto de 28 de agosto mandaron poner y pusieron perpetuo silencio para que nadie pueda escribir contra la tradicion del Pilar; antes sí permiten y dan facultad á los escritores para que sostengan y apoyen esta tradicion con todos los fundamentos que se hallaren conducentes. Despues de unos testimonios tan auténticos, tan graves, y tan antiguos, ¿qué crítico de sano juicio podrá, Illmo. Señor, contradecir la legitimidad de este precioso

monumento de la misericordia de Dios, que tanto honra á nuestra España, y que nos es de tanta importancia? segunda reflexion de este discurso, que paso á exponer con la posible brevedad.

II. Como Dios es la bondad por naturaleza, y la misericordia por esencia, ingenioso por la salud del hombre, dispuso que sus mayores amigos tomasen baxo su proteccion y amparo los diferentes reinos y provincias del universo, para que por medio de sus oraciones desarmasen su cólera contra los pecadores, y sirviesen como de canales para colmarles de beneficios. Esta admirable economía se halla acreditada en el suceso del Pilar, disponiendo que su santa Madre se declarase protectora de Aragon. Páreceme estarla viendo elevada sobre una hermosa columna, y que rodeada de ángeles, se explica con las siguientes palabras: esta parte de España me será devotísima, y desde

ahora la recibo baxo mi proteccion. Una promesa tan solemne y extensiva con el tiempo á toda la península nos es de suma importancia; pues por este medio aseguramos la proteccion mas poderosa y la mas benéfica: seguidme sin desmayar.

Desde que la antigua serpiente engañó á nuestros primeros padres, y en ellos á todos nosotros, fue amenazada del Altísimo con el poder de una muger que debia quebrantar su cabeza. Formó á esta criatura extraordinaria como un ejército terrible y en orden de batalla. Comparóla á su caballería contra los carros de Faraon, haciéndonos traer á la memoria, segun la expresion de S. Gregorio, el ministerio de sus santos ángeles en el castigo de los egipcios: dióla en fin un poder sin límites contra todas las huestes infernales, haciéndola superior á todo lo que no es Dios. Esta es la muger verdaderamente fuerte, que dificultaba hallar el sabio, cuyo

precio es inestimable; y en frase de los padres de la iglesia, ella es el principio de la salud, fuente de la gracia, árbol de vida, puerta del cielo, y torre fortísima de David, de donde penden mil inexpugnables escudos, para prevalecer de todos nuestros enemigos visibles é invisibles.

En efecto, ¿qué poder, despues del de Dios, hay comparable al de María? ¿No triunfa diariamente del demonio, cuyo poder es tan grande, que no hallaba Job con quien compararle sobre la tierra? ¿No triunfa, digo, de esta bestia infernal con mas fortaleza que Judith de Holofernes, que Estér de Aman, que Jael de Sisara, que Tebites de Abimelech, y que de Seba la muger de Abela? ¿No ha trastornado esta santa Virgen, como dice Eutimio, las aras de los ídolos, y los templos del gentilismo, haciendo cesar en ellos la bárbara efusion de sangre humana? ¿No ha exterminado todas las heregias, como la

iglesia canta? ¿No ha castigado con último suplicio á todos los enemigos de su honor y de su culto? Aquí la blasfema lengua de Nestorio es comida de gusanos porque se opone á su augusto carácter de Madre de Dios: allí arroja el infame Arrio las entrañas porque osa negar la divinidad del Unigénito de Dios y de María: aquí se abrasa interiormente con un fuego infernal el impío Coprónimo por haber blasfemado contra el honor virginal de esta Reina: allí el pérfido apóstata Juliano es penetrado de una saeta por haber calumniado su pureza: aquí....

¿Mas para qué me canso y os molesto? ¿No es cierto, Illmo. Señor, que esta feliz criatura es superior en poder á los hombres, á los ángeles, á las potestades, á los tronos, y que Dios la hizo Reina del cielo y de la tierra? ¿No podrá conseguir mejor que Abraham el perdón de una ciudad infame? ¿No podrá mejor que

Moises contener las venganzas del Señor contra su pueblo? ¿No deberá su proteccion inspirarnos mas confianza que las oraciones de Onías á Judas Macabéo? ¿Qué no debemos pues esperar de semejante Patrona y de Reina tan poderosa, principalmente si atendemos á su carácter benéfico?

La clemencia y la beneficencia, señor, han calificado en todo tiempo á los mayores héroes. Como Jesucristo, Rey inmortal de todos los siglos, es la bondad misma por esencia, y por naturaleza la comunicacion del beneficio, dispuso que sus mas grandes amigos lo fuesen con respecto á este adorable exemplar, sin cuya conformidad nadie, segun el Apóstol, puede ser salvo. Con arreglo á este invariable principio de nuestra moral, María santísima, que en las miras del Omnipotente debia aventajarse á toda pura criatura, en calidad de Reina del cielo y de la tierra, y de Madre de su Criador, debió sin duda ser

la mas benéfica de todas, para ser la mas semejante á su original: pues es constante que es superior por gracia á todo lo que no es Dios. De este solo principio se concluye con evidencia, que su proteccion es la mas benéfica. Pero ¿qué digo? Aun cuando yo con un silencio infiel pretendiera ocultar sus continuos beneficios al género humano, ¿no bastaria por todos su divina Maternidad, por la cual hubimos aquella Hostia pacífica, Hostia viva é inmaculada, nuestra santificación y redencion, que quita los pecados del mundo, purificándonos con su preciosa Sangre?

Por otra parte, ¿no es cierto que los templos consagrados á Dios en honor de su Madre son una fuente inagotable de beneficios á favor de los que la invocan? Recorred los anales de diferentes naciones que se glorían de su alta proteccion, y hallaréis acreditada esta verdad. Los Justinianos, los Heraclios, los Valesios, los

Comnenos ¿no obtuvieron en este agosto Nombre la victoria de sus enemigos, y la seguridad de sus estados? Pero no mendiguemos exemplos extraños. España misma, señor, España, que desde el suceso del Pilar milita baxo la augusta proteccion de esta Reina, ¿no podrá deponer sobre su singular beneficencia? Aqui la invoca D. Pelayo, glorioso príncipe de Asturias, en el conflicto de verse rodeado de innumerable multitud de árabes, encerrado en una cueva, y cubierto de dardos y saetas, y ve perecer en un momento ochenta mil de ellos, unos penetrados de sus mismas saetas, y otros precipitados por los montes. Alli baxo la misma proteccion triunfa de toda la morisma D. Alonso VIII. de Castilla, dexando doscientos mil enemigos en el campo de batalla. Aqui Alfonso IX. rey de España deshace un numeroso ejército de bárbaros baxo el amparo de esta Reina. Alli Jacobo I. de Aragon, llamado

el *Victorioso*, despues de haber libertado tres grandes reinos del poder de los mahometanos, y de haber edificado por todo Aragon infinidad de templos en honor de María, consiguió baxo su patrocinio aquella victoria memorable del reino de Valencia, en que aparecieron muertos un sinnumero de enemigos, sin estar heridos. ¿Qué reino, qué provincia de las de este vasto imperio, qué cuerpo, ya civil, ya militar, ya literario, ya eclesiástico, ya secular no podrá deponer sobre la singular beneficencia de María? Vosotros mismos, aun sin salir de mi auditorio, ¿cuántas veces no habeis experimentado el calor de su misericordia? ¿Cuántas veces no hubiera peligrado vuestra vida y vuestra suerte eterna sin el socorro de María? ¿Cuántas veces no nos ha sacado de entre las fauces de satanáas con su poderoso patrocinio? Todo conspira á persuadirnos, que por medio del gran suceso del Pilar

quiso Dios nuestro Señor ponernos baxo la proteccion mas poderosa y mas benéfica. Monumento glorioso para España, que le mirará siempre como su honor y su felicidad: monumento que debe estar grabado en nuestros leales corazones, para excitar la gratitud en ellos. Reconozcamos, señores, cuánto debemos á Dios en el augusto patrocinio de su Madre, y pongamos todo estudio en serle fieles, para ser felices. Digno es Dios de nuestras alabanzas, digna su Madre de nuestra fiel correspondencia. Vivamos pues como hijos suyos los que nos gloriamos de su alta proteccion.

Augusta y Soberana Reina del cielo y de la tierra, refugio y consuelo nuestro, protectora nuestra, dulce esperanza nuestra, desde el alto solio á que os elevó el Todopoderoso, echad una mirada favorable sobre la criminal descendencia de los hijos de Adán. Hemos pecado, hemos errado las verdaderas sendas. Mas ¿cómo podremos

volver á ellas, si el conductor nos falta? Entre las espesas tinieblas de este mundo, ¿cómo podremos caminar seguros, si no sois para nosotros una columna de fuego que nos ilumine? ¿Ó quién podrá templar el rigor de los rayos del Sol de justicia sobre nosotros, si no nos servís de columna de nube que nos defienda? No somos dignos de tanto beneficio; mas sois Madre nuestra y del divino Salomon. Pedidle, os rogamos, por la paz de la iglesia, por la exáltacion de nuestra fe católica, por la salud de nuestros príncipes, por el bien de nuestra monarquía, por la conversion de todos los pecadores, principalmente de los que estamos congregados en vuestro santuario, para que todos conozcamos y amemos á Dios, que vive y reina, Padre, Hijo, y Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen. DIXE.



SERMON

DE SAN ELOY,

predicado en Granada á la hermandad de los plateros.

Vocavi ex nomine Beseleel....et implevi eum Spiritu Dei, sapientiã, et intelligentiã, et scientiã in omni opere. Exod. XXXI.

Llamé á Beseleel por su nombre.... le llené del Espíritu de Dios, de sabiduría, de inteligencia y de ciencia para todas las obras, y para inventar todo lo que puede hacer el arte con el oro, con la plata y con el cobre.

Hé aquí, ilustres profesores del arte de platería, hé aquí, repito, las